



Tema 20: "Yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado..."

Hablar del pecado es muy importante. Necesitamos tener ideas claras sobre él, sobre todo nos interesa conocer el juicio de Dios sobre el mismo. ¿Qué piensa Dios del pecado? ¿Cómo le afecta? Porque el juicio del hombre ya lo sabemos: hace de él mofa, espectáculo, irrisión.

El mundo, que como dijo Pío XII, ha perdido la conciencia de pecado, no habla de él, incluso lo niega. Y sin embargo sus dramáticas consecuencias hoy son tan evidentes y tan dolorosas.

1. "Acto suicida"

El pecado es un "acto suicida", dijo San Juan Pablo II, pues consiste en un rechazo, una ofensa hacia Aquel que nos da la vida y nos mantiene en ella. Es "levantarnos contra la mano que nos salva". Separa al hombre de Dios, rompe con su amistad vivificante.

"El pecado es dar la espalda a Dios y a su amor, y, por tanto, dejar de amar al prójimo como a sí mismo. El pecado es un acto deliberado mediante el cual nos oponemos al plan de Dios, a sus mandatos revelados en la alianza y, en último término, al mandamiento del amor dado por Cristo en la última cena. El pecado afecta de manera decisiva a la relación entre dos personas que están llamadas a amarse: Dios y el hombre, el hombre y su prójimo" (S. Pablo VI).

Conlleva unas consecuencias muy graves para la persona: la desvía de su fin verdadero (la santidad, la felicidad), y le abre a unos efectos devastadores¹.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que: *El "pecado destruye en nosotros la caridad, nos priva de la gracia santificante y, a menos que nos arrepintamos, nos conduce a la muerte eterna del infierno. Se perdona, por vía ordinaria, mediante los sacramentos del Bautismo y de la Penitencia o Reconciliación."* (CIC 1855-1861,1874)



2. El pecado original

El origen de los pecados personales está en el pecado original, cuya causa es la soberbia. San Elredo de Rievaulx se dirige al mismo Adán con estas impresionantes palabras: "¡Oh desdichado Adán! ¿Qué buscas que sea mejor que la presencia divina? Pero hete aquí, ingrato, rumiando tu fechoría: ¡No! ¡Seré como Dios! ¡Qué orgullo tan intolerable! Acabas de ser hecho de arcilla y barro y, en tu insolencia, ¿quieres hacerte semejante a Dios? Es así como el orgullo engendra la desobediencia, causa de nuestra desdicha. ¡Qué

¹ El pecado mortal separa al hombre de Dios, y lo deja, si es cristiano, como un miembro muerto del Cuerpo místico de Cristo, como un sarmiento de la santa Vid que está muerto, sin vida y sin fruto; lo desnuda del hábito resplandeciente de la gracia, y profana el Templo vivo de Dios. Por él se pierden todos los méritos adquiridos por las buenas obras –aunque la vuelta a la gracia puede hacerlos revivir–. El pecador, sujeto a Satanás, se hace por el pecado mortal merecedor de la condenación eterna.

El pecado aniquila de algún modo la persona humana, al separarla de Dios, al desfigurar en ella la imagen de Dios. Los hombres por el pecado «sirvieron a las criaturas en lugar de al Creador, que es bendito por los siglos» (Rm 1,25), y de ahí vinieron sobre él todos los males que les aplastan. El pecador, por su pecado, dice San Agustín, «se aparta de Dios, que es la luz verdadera, y se vuelve ciego. Todavía no siente la pena, pero ya la lleva consigo».

Pero si describimos estos efectos, eso nos ayudará a entender la condición horrible del pecado. Es como si una persona nos explicara la fuerza destructora de una bomba. Lo entenderíamos más o menos. Pero si nos llevara a un lugar donde esa bomba, no más grande que una botella, redujo a escombros un edificio de veinte pisos, será entonces, viendo las ruinas, cuando acabemos de enterarnos del poder destructor de la bomba.

² De la narración bíblica referente a la construcción de la torre de Babel emerge un primer elemento que nos ayuda a comprender el pecado: los hombres han pretendido edificar una ciudad, reunirse en un conjunto social, ser fuertes y poderosos sin Dios, o incluso contra Dios (...) Nos encontramos ante una exclusión de Dios, por la oposición frontal a un mandamiento suyo, por un gesto de rivalidad hacia él, por la engañosa pretensión de ser «como él». En la narración de Babel la exclusión de Dios no aparece en clave de contraste con él, sino como olvido e indiferencia ante él; como si Dios no

humildad podría compensar orgullo tan grande? ¿Es que hay obediencia de hombre capaz de restañar semejante falta? ¿Cómo puede liberar un cautivo a otro? ¿Cómo puede liberar un impuro a otro?"

Y las consecuencias de este pecado primero fueron tremendas. Dejó al hombre (dice Trento) bajo el influjo del Demonio y enemigo de Dios; y «toda la persona de Adán fue mudada en peor, según cuerpo y alma».

Deterioró, pues, profundamente toda la naturaleza humana, despojándola de la santidad e integridad en la que había sido creada, inclinándola al mal, ofuscando la razón, debilitando la voluntad, trastornando gravemente las sensaciones, pasiones y sentimientos. Hizo del hombre un mortal, un viviente deudor de la muerte. Al mismo tiempo, la creación entera se hizo hostil al hombre, por cuyo pecado fue «maldita la tierra» (Gén 3,17), quedando sujeta a «la servidumbre de la corrupción» (Rm 8,21).

Por tanto, el pecado está siempre en el origen de los innumerables sufrimientos y maldades de la humanidad, y de cada hombre, a lo largo de los siglos. Y estará hasta que vuelva el Cristo glorioso y sujete todas las cosas «a quien a Él todo se lo sometió, y Dios sea todo en todas las cosas».

3. Triple herida, triple ruptura

San Juan Pablo II en su exhortación *Reconciliación y Penitencia* dice: "En cuanto ruptura con Dios² el pecado es el acto de desobediencia de una criatura que, al menos implícitamente, rechaza a aquel de quien salió y que la mantiene en vida; es, por consiguiente, un acto suicida. Puesto que con el pecado el hombre se niega a someterse a Dios, también su equilibrio interior se rompe y se desatan dentro de sí contradicciones y conflictos. Desgarrado de esta forma el hombre provoca casi inevitablemente una ruptura en sus relaciones con los otros hombres y con el mundo creado³. Es una ley y un hecho objetivo que pueden comprobarse en tantos momentos de la psicología humana y de la vida espiritual, así como en la realidad de la vida social, en la que fácilmente pueden observarse repercusiones y señales del desorden interior".

4. Pecado, misterio de iniquidad. Lucha dramática,

El misterio del mal se ceba en la creación entera, en toda la humanidad, en el corazón humano. Las consecuencias son desoladoras (dolor, sufrimiento, desgracias, odios...).

mereciese ningún interés en el ámbito del proyecto operativo y asociativo del hombre. Pero en ambos casos la relación con Dios es rota con violencia.

³ En la descripción del «primer pecado», la ruptura con Yavé rompe al mismo tiempo el hilo de la amistad que unía a la familia humana, de tal manera que las páginas siguientes del Génesis nos muestran al hombre y a la mujer como si apuntaran su dedo acusando el uno hacia el otro; y más adelante el hermano que, hostil a su hermano, termina quitándole la vida.

Según la narración de los hechos de Babel la consecuencia del pecado es la desunión de la familia humana, ya iniciada con el primer pecado, y que llega ahora al extremo en su forma social. Quien desee indagar el misterio del pecado no podrá dejar de considerar esta concatenación de causa y efecto.

⁴ Existe una contradicción en nuestro ser. Por una parte el hombre sabe que debe hacer el bien e íntimamente también lo quiere realizar. Pero, al mismo tiempo, siente también otro impulso a hacer lo contrario, a seguir el camino del egoísmo, de la violencia, a hacer sólo lo que le apetece aun sabiendo que así actúa contra el bien, contra Dios y contra el prójimo. "Querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero" (Rm 7, 18-19). Esta contradicción interior de nuestro ser no es una teoría. Cada uno de nosotros la experimenta todos los días. Y sobre todo vemos siempre en torno a nosotros la superioridad de esta segunda voluntad. Basta pensar en las noticias diarias sobre injusticias, violencia, mentira, lujuria. Como consecuencia de este poder del mal en nuestras almas, se ha desarrollado en la historia un río sucio, que envenena la geografía de la historia humana. El mal parece haberse convertido en una segunda naturaleza. Esta contradicción del ser humano, de nuestra historia, debe provocar, y provoca también hoy, el deseo de redención (Benedicto XVI)

¡Es un misterio! Por eso no sabemos hablar del pecado. No sabemos en realidad lo que es: «¿Quién sabe qué es el pecado?», ... solamente la revelación divina sabe en verdad qué es el pecado.... Nadie puede decir, por sí mismo, qué es el pecado, por el simple hecho que él mismo está en el pecado. ... **En el corazón del hombre habla el pecado**; por eso, es absurdo esperar que el hombre hable contra el pecado. Yo mismo, que estoy aquí discurrendo sobre el pecado, soy un pecador y, por tanto, debería decirnos: ¡no os fieis demasiado de mí ni de lo que digo! Sabed al menos esto: que el pecado es algo más serio, infinitamente más serio de lo que yo consiga haceros comprender. El hombre, por sí solo, podrá al máximo llegar a comprender el pecado contra sí mismo, contra el hombre, no el pecado contra Dios; la violación de los derechos humanos, no la violación de los derechos divinos (R. Cantalamessa).

Y el Concilio dice: "Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, en el propio exordio de la historia, **abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios**. Conocieron a Dios, pero no le glorificaron como a Dios. Obscurecieron su estúpido corazón y prefirieron servir a la criatura, no al Creador.

Lo que la Revelación divina nos dice coincide con la experiencia. El hombre, en efecto, cuando examina su corazón, **comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener origen en su santo Creador**. Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio rompe el hombre la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación. Es esto lo que explica la división íntima del hombre. **Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas**. Más todavía, el hombre se nota incapaz de domeñar con eficacia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas" (GS. 13).

5. Universalidad y profundidad, dos dimensiones de gravedad

Tanto la Revelación como la experiencia humana nos dicen que el pecado tiene dos terribles características:

1º. La universalidad: "Todos pecaron y están privados de la presencia de Dios" (Rom 3, 23). Y añade San Juan: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros".

A San Pablo no le interesa, directamente, decir qué es el pecado, sino más bien decir que existe el pecado y afirmar que «*todos están bajo el dominio del pecado*» (Rom 3, 9), sin ninguna excepción.

2º. La profundidad. Nos afectó profundamente al alma y al cuerpo. El pecado original nos dejó muy tocados⁵. Enfermos graves. Sólo hay una

⁵ En la narración del pecado original "no sólo se describe la historia del inicio, sino también la historia de todos los tiempos, y que todos llevamos dentro de nosotros una **gota del veneno** de ese modo de pensar reflejado en las imágenes del libro del Génesis. **Esta gota de veneno la llamamos pecado original**. Pero al mirar el mundo que nos rodea, vemos que el mal envenena siempre, no eleva al hombre, sino que lo envilece y lo humilla; no lo hace más grande, más puro y más rico, sino que lo daña y lo empequeñece" (Bened. XVI)

⁶ Es increíble hasta dónde puede llegar el mal en el hombre. Un ejemplo es el de Tomás Gimeno. Así lo cuenta Cristina L. Schlichting: El pequeño dios del mal: Ojalá Tomás Gimeno hubiese estado loco: "Ojalá una enfermedad hubiese nublado su cerebro y su corazón, porque podríamos evitar la gran pregunta sobre el misterio del mal. Un padre que mata a sus vástagos sin piedad, a sangre fría. Tomás Gimeno reflexionó cómo hacer el mayor daño posible a su exmujer Beatriz, destruirla. Podía haberla asesinado, pero para una madre hay algo peor, la aniquilación caprichosa de sus hijos. Un luto ciego y perenne, una nostalgia incansable. Tomás no soportaba haber perdido a Beatriz, era un cobarde y planificó matar y esconder a las niñas Olivia y Ana en lo más profundo del mar, para que Beatriz no descansase nunca, para que las buscase de por vida, para que muriese sin saber qué había sido del fruto de su vientre. Quería que su crueldad, si no eterna, al menos produjese un dolor indeleble, todo el que podía. Quería ser el dios del mal... Ojalá hubiese sido una enfermedad... No, es el mal. El mismo que mató en los campos de Alemania y Polonia a seis millones de personas. El que en Camboya hizo construir paredes con los cráneos del enemigo. El que llevó a 50 millones de personas al exterminio soviético. El que asoma su hocico oscuro en nuestro corazón. Tomás Gimeno, con absoluta

solución: la Misericordia divina. No busquemos otra, pues no la hay. Nos engañamos, y además prolongamos y aumentamos el mal⁶.

6. Reacciones ante el pecado

Ante esta realidad que nos humilla, con frecuencia buscamos y proponemos **soluciones falsas**⁷, de orden psicológico, ambiental, ya sean conscientes o inconscientes. Y esta reacción en realidad arranca ya desde Adán, que prefirió justificarse antes que admitir su culpa y responsabilidad...

Salidas falsas (para acallar la conciencia en vez de abrirse al perdón):

1. Disimular los pecados hasta terminar creyéndome bueno.
2. La justificación, echando la culpa a otros o a otras causas.

La teología moral católica nos enseña que hay tres formas típicas de reaccionar frente al pecado:

1ª. La primera es la **desesperación**. La persona que considera que lo que está haciendo es malo pero no ve la forma de salir de ahí y se hunde en la culpa, la tristeza y autodestrucción. Ese no es el verdadero camino cristiano.

2ª. La segunda forma es el **cinismo**. Se reconoce la acción pero se niega que esa acción sea incorrecta o incluso perversa. Cuando se toma este camino la persona convierte su pecado en motivo de orgullo. Es la reacción psicológica necesaria para cerrarle la puerta completamente a la tristeza o al reconocimiento de que hemos obrado mal.

3ª. La tercera forma, que es la propiamente cristiana, es la **conversión**. Es la que responde a la verdad humana y a la misericordia divina, y nos lleva a la paz interior y a la salvación del alma:

"Como escribe el apóstol San Juan: «**Si decimos que estamos sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está con nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, Él que es fiel y justo nos perdonará los pecados**».

Estas palabras inspiradas enfocan el problema del pecado en su perspectiva antropológica como parte integrante de la verdad sobre el hombre...

Reconocer el propio pecado, es más, —yendo aún más a fondo en la consideración de la propia personalidad— reconocerse pecador, capaz de pecado e inclinado al pecado, es el principio indispensable para volver a Dios. Yo «**Reconozco mi culpa, mi pecado está siempre ante mí. Contra ti, contra ti sólo pequé, cometí la maldad que aborreces**» (Rey David).

El mismo Jesús pone en la boca y en el corazón del **hijo pródigo** aquellas significativas palabras: «**Padre, he pecado contra el cielo y contra ti**» (San Juan Pablo II)

frialdad, ha elegido deliberadamente lo peor y no sólo ha matado a sus niñas y rasgado el corazón de su madre y los abuelos y todos los que las amaban, es que ha destruido su vida. En su libertad, ha elegido la crueldad, la mentira, la venganza, la muerte. El vacío. Ha hecho peor el mundo".

7 - De orden ambiental. Existe hoy una narcosis por pecado. Los cristianos ya no reconocemos al verdadero enemigo, al "señor" que nos mantiene esclavizados, sólo porque se trata de una dorada esclavitud. Muchos que hablan de pecado tienen de él una idea completamente inadecuada. El pecado se despersonaliza y se proyecta únicamente sobre las estructuras. **El mundo tiene miedo de todo menos del pecado**. Teme la contaminación atmosférica, las penosas enfermedades del cuerpo, la guerra atómica, el terrorismo, pero no le da miedo la guerra a Dios, que es el Eterno, el Omnipotente, el Amor. Mientras Jesús dice que no se tema a quienes matan el cuerpo, sino sólo a quien, después haber matado, tiene el poder de arrojar a la gehenna (Lc 12, 4-5). Esta situación «ambiental» ejerce una tremenda influencia hasta en los creyentes. Produce en ellos un **adormecimiento de la conciencia**, una especie de anestesia espiritual. ...

- **De orden psicológico.** En lugar de librarse del pecado, todo el empeño se concentra hoy en librarse del remordimiento del pecado; en vez de luchar contra el pecado se lucha contra la idea de pecado, sustituyéndola con aquella —bastante distinta— del «**sentimiento de culpa**». Se hace lo que en cualquier otro campo se considera lo peor de todo, o sea, **negar el problema en lugar de resolverlo**. Como quien cree que elimina la muerte suprimiendo el pensamiento sobre la muerte, o como el que se preocupa de bajar la fiebre sin curar la enfermedad, de la que aquella es sólo un providencial síntoma.

**20. EJERCICIO DE ORACIÓN PARA ESTA SEMANA**

Oración a la Virgen María para toda la Cuaresma:

Poderosísima y buenísima Madre nuestra: Concédenos el milagro que te pedimos. El milagro que más te agrada dispensar. Queremos ardientemente entrar en el camino de la santidad. Santidad sencilla y alegre como la tuya, sin acciones brillantes; que se sepa ocultar siempre sin llamar la atención nunca.

Danos un corazón que desaparezca con energía y constancia en las monótonas obligaciones de cada día, que acepte con amor los sufrimientos pequeños o grandes, pasajeros o persistentes. Un corazón limpio de egoísmo, sin sombra de vanidad, sin nieblas de sentimentalismo, tierno y apasionado para amarte sin medida, incansable y viril para conquistarte almas. Un corazón amante sin exigir retorno, gozoso de desaparecer en otro corazón, que no se cierre ante la ingratitud, ni se canse ante la indiferencia. Un corazón que no olvide ningún bien, ni guarde rencor por ningún mal. Un corazón puro que inunde el mundo de Luz, de Amor, de Vida. Así sea.

**Evangelio del domingo II de Cuaresma: Lc 9,28b-36**

En aquel tiempo, Jesús cogió a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto de la montaña, para orar. Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y, espabilándose, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él.

Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, qué bien se está aquí. Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.» No sabía lo que decía.

Todavía estaba hablando, cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía: «Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle.»

Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO (Benedicto XVI)

En este segundo domingo de Cuaresma, el evangelista Lucas subraya que Jesús subió al monte «a orar» junto con los apóstoles Pedro, Santiago y Juan y, «mientras oraba», acaeció el luminoso misterio de su transfiguración. **Subir al monte para los tres apóstoles supuso quedar involucrados en la oración de Jesús**, que se retiraba con frecuencia para orar, especialmente en la aurora o después del atardecer, y en ocasiones durante toda la noche. Ahora bien, sólo en esa ocasión, en el monte, quiso manifestar a sus amigos la luz interior que le invadía cuando rezaba: su rostro se iluminó y sus vestidos dejaron traslucir el esplendor de la Persona divina del Verbo encarnado.

En la narración de san Lucas hay otro detalle que es digno de ser subrayado: indica el objeto de la conversación de Jesús con Moisés y Elías, aparecidos junto a Él transfigurado. Éstos, narra el evangelista, «hablaban de su partida (en griego «éxodos»), que iba a cumplir en Jerusalén».

Por tanto, Jesús escucha la Ley y los profetas que le hablan de su muerte y resurrección. En su diálogo íntimo con el Padre, no se sale de la historia, **no huye de la misión para la que vino al mundo, a pesar de que sabe que para llegar a la gloria tendrá que pasar a través de la Cruz**. Es más, Cristo entra más profundamente en esta misión, adhiriendo con todo su ser a la voluntad del Padre, y **nos demuestra que la verdadera oración consiste precisamente en unir nuestra voluntad con la de Dios**.

Para un cristiano, por tanto, rezar no es evadirse de la realidad y de las responsabilidades que ésta comporta, sino asumirlas hasta el fondo, confiando en el amor fiel e inagotable del Señor. Por este motivo, la comprobación de la transfiguración es, paradójicamente, la agonía en Getsemaní. Ante la inminencia de la pasión, Jesús experimentará la angustia mortal y se encomendará a la voluntad divina; en ese momento, **su oración será prenda de salvación para todos nosotros**. Cristo, de

hecho, suplicará al Padre celestial que «le libere de la muerte» y, como escribe el autor de la Carta a los Hebreos, «fue escuchado por su actitud reverente». **La prueba de esta escucha es la resurrección.**

La oración no es algo accesorio u opcional, sino una cuestión de vida o muerte. **Sólo quien reza, es decir, quien se encomienda a Dios con amor filial, puede entrar en la vida eterna**, que es Dios mismo. Durante este tiempo de Cuaresma, pidamos a María, Madre del Verbo encarnado y Maestra de vida espiritual, que nos enseñe a rezar como hacía su Hijo para que nuestra existencia quede transformada por la luz de su presencia.

MEDITACIÓN (P. Morales SJ)**Mientras oraba**

Tomó Jesús a Pedro, a Juan y a Santiago. Tres elegidos entre doce. Seleccionados entre discípulos y turba que le seguían. *No me habéis elegido vosotros. Yo os he elegido a vosotros* (Jn 15,16). Elegidos todos para rodear a Jesús, transfigurándose para nosotros en la oración. **Amor y predilección del Maestro para con nosotros.**

Y subió a lo alto del monte para orar. A un monte elevado, es decir, por encima del mundillo de mis pequeñeces y miserias. «Aparte»; distanciados de la masa que duerme y vegeta. Otra vez la ley del retiro y del retorno para volver con Dios en el corazón. «Solos»; augusto silencio de la oración, «conversación del hombre con Dios, decía Vicente de Paul, en la que, **apartándose del ruido del mundo, el hombre escucha, y Dios habla y da audiencia**».

—«**Reina y Madre nuestra: que me quede solo para contemplar con emoción la transfiguración de Jesús**».

Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió y sus vestidos brillaban de resplandor. Sus facciones, sin alterarse, se iluminan con resplandor deslumbrante. ¡Belleza de Jesús en su transfiguración! El evangelio acumula palabras: *brillantes sobremanera, centelleantes; ningún batanero sobre la tierra pudiera dejarlas tan blancas*. La transfiguración, festín alborozado de luces divinas. Envuelven a la Iglesia en las austeridades cuaresmales. Presagian el cielo tras las luchas de la vida.

En Jesús habita corporalmente la plenitud de la divinidad; pero sus fulgores, habitualmente, no se traslucen. La transfiguración descubre por un momento el velo ante tres discípulos, ante la Iglesia toda. Se filtran destellos de esa divinidad latente en Jesús. **El Verbo, oculto en la naturaleza humana, manifiesta el esplendor de su gloria**. Más que un milagro, la transfiguración es la cesación momentánea de un prodigio habitual: el que impide la iluminación continua de su humanidad con los resplandores de Dios.

—«¡Reina y Madre nuestra: que las luces de la transfiguración envuelvan a todos tus hijos haciéndonos uno en el amor! **Jesús se transfiguró precisamente mientras oraba**. No antes ni después. También debe ser así en nosotros, Madre querida. Y orar es hacerse pequeño ante Dios, abandonarse como tú, dejarse elevar. ¡Virgen Inmaculada! muéstranos a Jesús transfigurado en la oración. ¡Llena de gracia, santa Madre de Dios! que penetremos el misterio de la oración transfigurante de Jesús».

Con Moisés y Elías

De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron con gloria. Moisés, en nombre de la Ley; Elías, de los Profetas, vienen a rendir homenaje al Mesías, fundador de la Nueva Alianza. El Viejo Testamento deja paso al Nuevo. La teocracia judía, instaurada por Moisés, restaurada por Elías, abre camino al reino eterno de Cristo. Y *hablaban de su éxodo, que él iba a consumar en Jerusalén*, de sus dolores y sufrimientos, de su muerte redentora. Todo a la luz deslumbrante de la transfiguración envolviendo a sus discípulos. **Quiere Jesús arrancar del corazón de ellos y de nosotros, el escándalo de la cruz, para que sigan y sigamos creyendo en su gloria con «fe oscura y cierta» cuando vengan las noches oscuras, las cuaresmas inacabables del alma**, añorando el domingo eterno de la Pascua.

Así, la oración transfigurante de Jesús nos reafirma en su papel mesiánico. **Nos fortalece para la pasión**. Nosotros, uno con Él, miembros de su Cabeza, adquirimos conciencia de nuestra vocación a la santidad.

Acabamos comprendiendo, cerca de la Virgen, que **es preciso morir para resucitar y cargarnos de fruto. Perder el miedo a sufrir.** El escándalo de la cruz se esfuma. Desaparece el fantasma. Y te lanzas tras Cristo.

La paz inunda el Corazón de Jesús. *Hablaban de su éxodo, que él iba a consumir en Jerusalén*, de sus tormentos, y no perdía la paz. **El amor, gran sedante en los sufrimientos.** Calmante ideal cuando rabias, cuando padeces interiormente al experimentar la limitación propia y ajena, cuando sufres con ayes de destierro añorando el cielo. **Y en la oración, al dilatar el amor, al ensanchar la caridad de Dios en tu alma, te haces fuerte para ser portador de la cruz, esperando el domingo de Resurrección sin ocaso.** *Llegó una nube que los cubrió con su sombra.* En las alturas del Tabor, luminosidades de cielo rodeando a los discípulos. Ante el sagrario, resplandores divinos inundándonos.

—«Madre: que me deje envolver en destellos de luz. Iluminan mi vocación a la santidad. Aunque sienta miedo como los primeros cristianos, **quiero entrar en la nube, meterme muy dentro de Jesús transfigurado.** Quiero escuchar una palabra del cielo para mí».

Este es mi Hijo, el Elegido, ¡escuchadlo!

Y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el Elegido». ¡Complacencia del Padre mirando a su Hijo único! **Ha venido sólo para hacer su voluntad.** Su manjar, *hacer la voluntad del que me envió* (Jn 4,34). *Le glorifica siempre* (Jn 12,28).

Pero no es sólo Jesús el amado del Padre. Somos Jesús y yo. La mirada de amor del Padre se posa en la Humanidad santísima de Jesús, pero envuelve a todos los hijos de adopción que se incorporan a ella por y en la gracia. Todos nosotros, con los consagrados, carmelitas y contemplativos, con toda la Iglesia, hijos muy amados.

En aquella oración transfigurante, Jesús sintió con emoción la caricia del Padre animándole al sacrificio.

—«Santa Madre de Dios: que yo también la sienta intensa en la oración de cada día. Vamos a la oración para oír la voz del Padre. Para sentirme hijo muy querido. Para llenarme de amor. Ahora comprendo: **en la oración, pensar está bien, hablar es mejor, amar es el todo.** Tenía razón Santa Teresa: la oración es tratar de amistad estando a solas con quien sabemos nos ama. **No es carga, obligación; es descarga del corazón, amor».**

—«Llena de gracia; que también el Padre ponga en cada uno de nosotros sus complacencias. Tenerle contento a Él. **Que descanse en nuestro corazón como en otra Betania.** Que viva como en nuevo Nazaret. Que more gozoso como en el sagrario de los carmelos y conventos, en esos corazones enamorados, en esos palomarcicos».

Escuchadle a Él. Te lo dice no sólo el Padre. La Virgen lo susurra también en el fondo de tu corazón si arropas tu vida en amoroso silencio. «Porque es imposible ir aprovechando sino haciendo y padeciendo virtuosamente, y todo envuelto en silencio» (San Juan de la Cruz). Escúchale a Él. Siempre te llama a más y más. Y tendrás fuerza para ello.

Testigos vivos de lo eterno

De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Admirable efecto el de la oración transfigurante. Los tres discípulos sólo ven a Cristo. Es lo que le pasa alma al sumergirse en la oración. **Sale de ella, y ya no ve sino sólo a Jesús. No se preocupa ya de sus cosas. Nada de la tierra le interesa. Sólo ve almas que salvar.** Sólo aspira a recoger del suelo diamantes caídos de la corona de Dios. Quiere poblar el cielo de hijos de Dios, estremecer de alegría el corazón de los ángeles, hacer más gloriosa la pasión de Jesús. Los hombres que le rodean ven en él también a una persona distinta de ellos, transfigurada en Dios. Contemplan un **testigo vivo de lo eterno.** Puro hasta la virginidad, obediente hasta el martirio, pobre hasta el desasimiento más completo. Y se deja seducir por la belleza de Dios. Sin exhibicionismos, sin teatralidad, sin casi hablar, arrastra a los demás. Sabe florecer allí donde el Señor lo plantó.

El alma si está enamorada del Señor, acude con ansia creciente a la oración. Sabe que no va allí a pedir, sino a recibir; a hablar, sino a escuchar. Se incrementa la luz. Comprende mejor su vocación mesiánica en y con Jesús junto con María. Saborea la voz del Padre, haciéndole sentir su amor. Se llena de paz ante las cruces que le esperan, y repite extasiado con San Juan de la Cruz: «Una sola Palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser

oída del alma. Sobre todas cosas es necesario *servir a Dios en silencio*, así de apetitos como de lengua, para que sólo percibas hablas de amor».

Y sale de la oración transfigurado. Irradia serenidad divina en medio de ocupaciones y quehaceres. **Ve a Jesús en todo y en todos.** *Al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos.* Ha recibido en la oración un aumento de fe, esperanza y amor. Lo reparte entre sus hermanos, sin menguarlo. Es el milagro del contemplativo en la acción. Tiene que salvar su alma, no como quien guarda un tesoro, sino como quien lo gasta entregándolo a los demás. **Sale de la oración** como dice San Juna Bosco, **con la eternidad en la cabeza, el mundo a los pies, Dios en el corazón. Y la Virgen a su lado, añadimos nosotros, a una con San José, fidelísimo esposo y guardián.**

ORACIÓN: Salmo de la transfiguración

Transfigúrame. Señor, transfigúrame.
Traspásame tu rayo rosa y blanco.
Quiero ser tu vidriera, tu alta vidriera azul,
morada y amarilla en tu más alta catedral.
Quiero ser mi figura, sí, mi historia,
pero de Ti en tu gloria traspasado.
Quiero poder mirarte sin cegarme,
convertirme en tu luz, tu fuego altísimo
que arde de Ti y no quema ni consume.

¡Oh, mi Jesús alzado sobre el trío
-Pedro, Juan y Santiago-
que cerraban sus ojos incapaces
de sostener tu Luz, tu Luz!
Y no cerrar mis párpados
como ellos los cerraban
con tu llaga de luz sustituyéndote
en inconsútil túnica incesante,
y dentro Tú manando faz de Dios.

No, déjame mirarte, contemplarte
a través de mi carne y mi figura,
de historia de mi vida y de mi sueño,
inédito capítulo en tu biblia,
vidriera que en colores me fraccionas
para unirme después en tu luz blanca
al otro lado de tu barlovento.
Si he de transfigurarme hasta tu esencia,
menester fue primero ser ese ser con límites,
hecho vicisitud, camino de figura,
pues sólo la figura puede transfigurarse.

Toma mis rombos, lava mis losanges,
mis curvas de pecado justificámelas,
compensa y recompensa
mis áreas caprichosas de colores de furia,
mi cristal emplomado y tan frágil,
émulo de tus ángeles traslúcidos,
mi fábula de niño, tu parábola
que esperaba de siempre tu visita de sol.

Pero a mí solo no. Como a los tuyos,
como a Moisés, fuego blanco de zarza;
como a Elías, carro de ardiente aluminio;
cada uno en su tienda, a ti acampados;
purifícame también a todos, los hijos de tu Padre
que te rezan contigo o te zaron,
o acaso ni una madre tuvieron
que les guiara a balbucir el Padrenuestro.
Purifícame a todos, a todos transfigúralos.

Que todos puedan en la misma nube,
vestidura de Ti, tan sutilísima
fimbria de luz, despojarse y revestirse
de su figura vieja y en Ti transfigurada.
Y a mí con ellos todos, te lo pido,
la frente prosternada hasta hundirla en el polvo;
a mí también, el último, Señor,
preserva mi figura, transfigúrame.